

HADAS

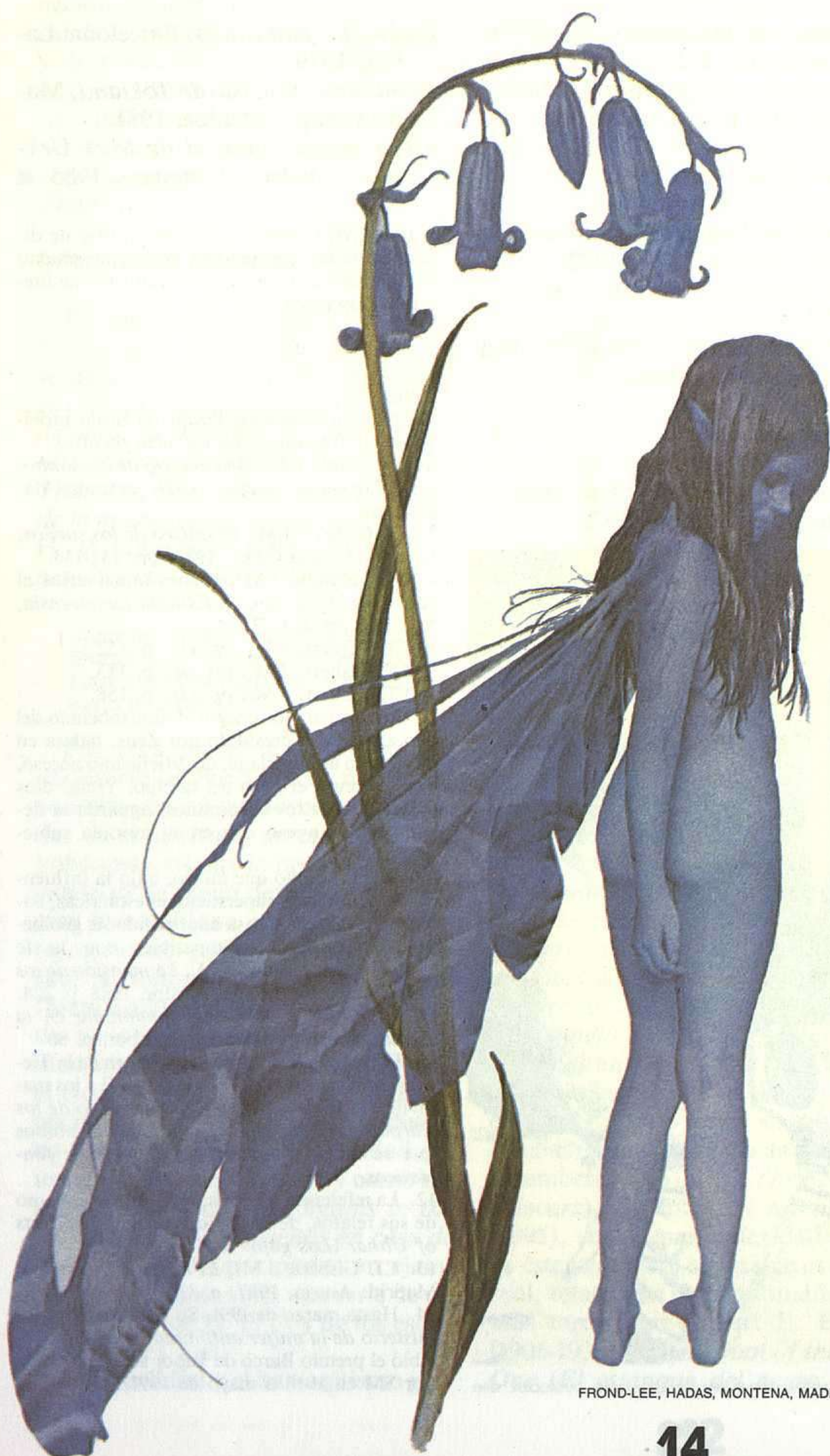
Las hadas en la literatura medieval

por Rafael Mérida*

La configuración de las hadas se ha ido fraguando a partir de la aportación de diferentes sustratos culturales.

Asimismo, cada época histórica ha operado cambios y sumado matices a su significación.

El siguiente artículo rastrea, en concreto, la fértil huella de las hadas en la literatura medieval.



FROND-LEE, HADAS, MONTENA, MADRID, 1983.

14

CLIJ32

Hace mucho tiempo un amigo me explicó que no le cabía la más mínima duda de que esos personajes femeninos y maravillosos a los que llamamos hadas se habían puesto de acuerdo un día con el terrible propósito de que los pobres humanos no llegáramos nunca a descifrar todos sus secretos. Y creo que, bromas aparte, tenía no poca razón, pues estos seres que pueblan algunos de los relatos más entrañables de nuestra infancia se han prestado con una dócil insistencia a los más variados análisis e interpretaciones, cuyos dispares resultados han logrado demostrar, al menos, la importancia que su presencia ha gozado en nuestra civilización por medio de los siglos.

Las páginas de estos *CLIJ*, que ya han reflejado ese interés en otras ocasiones,¹ van a permitirme indagar ahora en una de las imágenes más revalorizadas en los últimos años, merced a las investigaciones de un notable grupo de historiadores y filólogos, en especial franceses, y que no es otra que la del hada en la literatura medieval.

Cierto ilustre estudioso de la cultura popular afirmaba que el gran enemigo de cualquier tradición oral —y, por supuesto, también de las hadas— era la imprenta.² Hoy por hoy ya podemos asegurar que, mucho antes de la difusión de este invento por toda Europa, algunas cortes aristocráticas del siglo XII sentaron las bases de una utilización muy peculiar que se iría transformando a lo largo de toda la Baja Edad Media. Aclaro rápidamente, para no inducir a errores o confusiones, que me voy a centrar en los textos que se suelen atribuir a la *culture savante*, clerical o laica, y no tanto a aquellos otros ámbitos que conocieron una cierta recuperación a partir del siglo pasado de la mano de insignes folkloristas, que recientemente han ido logrando una presencia más generosa en nuestras librerías.³

Ha sido la profesora Laurence



FROND-LEE, HADAS, MONTENA, MADRID, 1983.

Harf-Lancner quien de una forma más decidida y relevante nos ha abierto las puertas de este fascinante mundo a través de diversos artículos y, especialmente, de un ensayo indispensable cuyo título ya nos pone sobre la pista de lo que iremos encontrando a través de sus páginas: *Les Fées au Moyen Âge. Morgane et Mélusine. La naissance des fées*.⁴ Esta investigadora parte de la apropiación que la cultura cortesana efectuó del folklore a lo largo del siglo XII con la voluntad de construir una imagen de sí misma independiente de los modelos que brindaba la Iglesia. Desde esta perspectiva podemos comprender no sólo la utilización de las hadas en unos esquemas mentales ajenos a su idiosin-

crasia primitiva, sino, además, observar el proceso de evolución que cristaliza en esta centuria, renovadora como pocas.

Porque, como resulta fácil de entender, las hadas nacen a partir de una suma modificada de sustratos, que van desde las tres parcas o las ninfas de la Antigüedad Clásica hasta las señoras de los bosques de las tradiciones célticas. Quede claro, por tanto, que el proceso de conformación de nuestros queridos seres no se produjo tras el agotamiento de una vía única, sino, muy al contrario, a través de una peculiar simbiosis propiciada tras muchos siglos. Que hacia el año 1000 el *Decretum* de Burchard, obispo de Worms, nos confirme por primera vez

lo que algunos podrían calificar como su curiosa acta de nacimiento, no hace más que asegurarnos la pervivencia de unos cultos paganos que la religiosidad popular, ajena por excelencia a la escritura y a su poder inherente, no había desechado jamás.

Sin embargo, esta procedencia diversa provoca también imágenes diversas y es aquí donde comprendemos esa capacidad de sugestión en el imaginario medieval, pues el deseo, la pasión, el destino o el poder terrenal lograron encarnarse por un igual en las hadas y encumbrarlas en ese lugar privilegiado de la literatura aristocrática que, paulatinamente, irá asimilando la cultura eclesiástica. Por esta razón hallaremos a nuestro paso tanto hadas auxiliadoras y maternales como posesivas y absorbentes. De esta manera podemos distinguir dos representaciones básicas, ligadas a sendas figuras emblemáticas o hasta cierto punto arquetípicas, en ese amplio muestrario: se trata de Morgana y de Melusina.

Los poderes maléficos femeninos

Morgana —o, mejor el relato *morganático*— simboliza los poderes maléficos femeninos, identificables en casos extremados con la Muerte. Es la mujer que arrastra al hombre a ese «otro mundo», tantas veces acuático o subterráneo, en el que reina y en el que debe someterse a sus deseos. Es, a pesar de que nos sorprenda, la dulce criatura sobrenatural de *Lanval*, uno de los más bellos *lais* de María de Francia, o la Morgana de la mayoría de los textos artúricos del siglo XIII, empezando por el *Lanzarote* en prosa.⁵ La que en algunas obras medievales se nos presenta como hermana del rey Arturo, al que según varias leyendas curará de sus heridas en la maravillosa isla de Avalon, se irá caracterizando paulatinamente como la más clara *desestabilizadora* de los esquemas masculinos.

Melusina, por el contrario, repre-

senta el acatamiento y la sumisión al hombre y a las leyes feudales. Tal como definiera Jacques Le Goff, es «maternal y roturadora», «el vientre de donde ha salido una noble raza», que sirve, por ejemplo, para justificar la posesión de las propiedades de un castillo en la versión más conocida, aquella redactada por Jean d'Arras para su mecenas, el duque de Berry, a finales del siglo XIV.⁶ Desde un ángulo complementario, también la célebre Dama del Lago pertenece a esta segunda tipología, pues su papel en la educación del joven Lanzarote, antes de ser investido caballero, corresponde a ese «maravilloso benéfico» cuyas resonancias traspasan los límites del mundo medieval.

Ahora bien, esta bifurcación del universo *feérico*, lejos de permanecer estática, sufrió una metamorfosis de enorme interés a partir del momento en que la cultura cristiana «oficial» comprobó su poder subversivo e intentó adaptar sus rasgos más distintivos a los márgenes de la ortodoxia. Este proceso de conciliación, según Harf-Lancner, presenta dos nuevas vías que hasta cierto punto han perdurado a lo largo del tiempo: por una parte, tenemos un proceso de cristianización, mediante el que se divinizan o satanizan sus poderes sobrenaturales, que en cualquier caso se contemplarán como prolongación —o como brazo ejecutor, si preferimos— de una instancia superior. Por otra parte, asistimos a una racionalización que supone entender a las hadas como partícipes de un conocimiento aprendido, lo que viene a significar que convertimos a nuestros personajes en unas mujeres de carne y hueso, encantadoras o brujas según el objetivo que persigan sus artes mágicas.

El equivalente masculino

Quisiera llamar la atención también sobre el equivalente masculino de las hadas, el *chevalier faé*, pues si bien su presencia no resulta tan abundante

como la de sus homólogas, su mera existencia nos brinda la oportunidad de adivinar las aspiraciones que lo animan y las razones de su relativo fracaso, si advertimos el ámbito cortesano que lo recrea. Este ser hechizado (por pasiva y por activa), que podemos encontrar en algunos *lais* de los siglos XII y XIII, se distingue por «salir del Otro Mundo y bajo la forma de caballero, esto es a caballo y armado de pies a cabeza, ofrecer a los varones mortales la oportunidad de medir su valor en un excepcional enfrentamiento y a las mujeres seducirlas y engendrar en ellas un hijo».⁷ Sin lugar a dudas, un buen contrapunto a sus más populares hermanas.

Parece evidente, por tanto, que la información que conservamos de las hadas de la literatura medieval, latina o románica, tienen en su gran mayoría un origen nobiliario y que su mayor profusión la encontramos en la narrativa de la materia de Bretaña, dentro de la cual englobaríamos el universo artúrico.⁸ Por esta razón podemos comprobar su escasa presencia en otros ámbitos culturales alejados de la órbita caballeresca. Este factor motiva además, por descontado, que la exportación de las hadas más allá de las fronteras iniciales de las cortes del norte de Francia se realizara con una preponderancia casi absoluta dentro de los límites de este tipo de ficciones, tanto en verso como en prosa.

Así observamos que nuestras hadas peninsulares representan, en ocasiones, inteligentes traslaciones de sus originales galas a las nuevas circunstancias geográficas. En *La faula*, del mallorquín Guillem de Torroella, redactada hacia 1375, el hada Morgana ocupa un papel de gran relevancia, de donde probablemente la recogería Joanot Martorell para los capítulos 189-202 del *Tirant lo Blanc*, en aquel conocido episodio, tan deliciosamente teatral, situado en la corte de Constantinopla. La Dama del Lago, por citar otra aparición, es un personaje ya



FROND-LEE, HADAS, MONTENA, MADRID, 1983.

cristianizado —en su vertiente satánica— a lo largo de las aventuras del Caballero Atrevido en el lago encantado que se narran en el *Libro del Caballero Zifar*.

Pero no me cabe la más mínima duda de que el hada más envidiada de la literatura hispánica medieval es Urganda la Desconocida, que aparece en el *Amadís de Gaula*, pues la oscura génesis de este libro de caballerías y el peso específico de ese personaje nos puede desvelar incógnitas de todo tipo: por su configuración literaria en primer lugar, heredera en sus rasgos básicos de las fuentes artúricas; en se-

gundo lugar, por su valor narrativo, vertebrador de una parte de la acción novelesca y, por último, como resultado de la lectura histórico-política que su presencia impone.⁹

Pero, por supuesto, Urganda puede emplearse como un envidiable broche de oro para nuestro tema, pues es ella y no otro el personaje elegido por Cervantes para la primera de las décimas iniciales del *Quijote*, en esa parodia de la magia de las hadas medievales (mediante unos enigmáticos versos de cabo roto), ya que la Desconocida, tras ejercer como sabia encantadora en el ciclo amadisiano, aca-

ba convirtiéndose en amable y ridiculizada consejera en nuestra obra magna, culminando la racionalización arriba señalada y apuntando hacia esa desmesurada escenografía del teatro de magia en la España de los siglos XVII y XVIII. ■

* **Rafael Mérida** es crítico literario y editor. Director de la colección «Héroes y Dioses», de Montesinos.

Notas

1. Así lo demuestran los artículos de Antonio Rodríguez Almodóvar, Gerardo Gutiérrez, Teresa Duran y Núria Ventura, aparecidos en el nº 9 (set. 1989, pp. 8-29), y el más reciente de María González Davies (nº 24, en. 1991, pp. 18-22).
2. R.U. Sayce, «The Origin and Development of the Belief in Fairies», en *Folklore*, nº 45 (1934), pp. 99-143.
3. Véase en este sentido mi reseña a la edición de Joseph Jacobs de *Más cuentos de hadas célticos* y de la obra de K. Briggs titulada *Hadas, duendes y otras criaturas sobrenaturales* (ambas publicadas por Olañeta), en *Quimera*, nº 88 (1989), p. 68. Desde otra perspectiva, Pau Riba, «Les fades», *Quaderns de l'Obra Social* (Fundació Caixa de Pensions), nº 26 (1984), pp. 24-31.
4. París: Honoré Champion, 1984. Hay traducción italiana, Turín: Einaudi, 1989.
5. Disponemos de traducciones de ambos textos: la primera firmada por Luis Alberto de Cuenca (Madrid: Editora Nacional, 1975; reimpresso en Siruela) y la segunda por Carlos Alvar, en siete volúmenes (Madrid: Alianza, 1987-1988).
6. Jacques Le Goff, «Melusina maternal y roturadora», en *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid: Taurus, 1983, pp. 289-311. C. Alvar ha preparado también la edición española de *Melusina o la noble historia de Lusignan*, Madrid: Siruela, 1983.
7. Isabel de Riquer, «El caballero hechizado en los *lais* anónimos», en AA.VV., *Narrativa breve medieval románica*, Granada: TAT, 1988, pp. 45-61, y su edición de los *Nueve *lais* bretones*, Madrid: Siruela, 1988.
8. Una útil introducción a este género la podemos encontrar en Victoria Cirlot, *La novela artúrica*, Barcelona: Montesinos, 1987.
9. Cfr. «Funcionalidad ética y estética del hada medieval en el *Amadís de Gaula* y en las *Sergas de Esplandián*», en *Congreso Internacional Bartolomeu Dias e a sua época. Actas*, Oporto: Universidade, 1989, vol. IV, pp. 475-488; y en «Urganda la Desconocida o tradición y originalidad», *Actas del III Congreso de la A.H.L.M.* (en prensa).